




bam
bú



Philippe Nessmann

LOS QUE SOÑABAN CON LA LUNA

Misión Apolo



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2008, Éditions Flammarion para el texto
y las ilustraciones
© 2010, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com

Título original:
Ilustración: Thomas Ehretsmann
Traducción: Arturo Peral Santamaría

Créditos fotográficos del Cuaderno Documental:

Página 1: Apolo 15 © NASA.
Página 2: James Lovell © NASA.
Página 3: Fred Haise © NASA; Jack Swigert © NASA.
Página 4: © Bettmann/CORBIS (izquierda); © Bettmann/CORBIS
(derecha).
Página 5: © Bettmann/CORBIS.
Página 6: © Bettmann/CORBIS.
Página 7 © Bettmann/CORBIS (arriba); © Bettmann/CORBIS (abajo).
Página 12: © NASA (izquierda); Fred Haise © NASA (derecha).
Página 13: Lovell y Haise © NASA.
Página 14: Aldrin © NASA.
Página 15: © NASA (de arriba abajo).
Página 16: Humans on Mars © NASA/Pat Rawlings SAIC.

Ilustraciones: Cohete Saturno V (página 8), Nave Apolo (página 9),
de la Tierra a la Luna (páginas 10-11: Oliver Audy. .

Primera edición: febrero de 2011
ISBN: 978-84-8343-135-1
Depósito legal: M-760-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Primera parte	7
Apolo 8 (Diciembre de 1968)	
Capítulo uno	9
A modo de introducción	
Capítulo dos	12
<i>En el Centro de Naves Tripuladas de la NASA</i>	
<i>La infancia de un astronauta</i>	
<i>La carrera espacial</i>	
Capítulo tres	29
<i>Nombre en código: Mercury</i>	
<i>Una selección despiadada</i>	
<i>El primer hombre en órbita</i>	
Capítulo cuatro	47
<i>Objetivo la Luna</i>	
<i>En el entrenamiento</i>	
<i>La parte sumergida del iceberg</i>	
Capítulo cinco	63
<i>Cambio de programa</i>	
<i>Lo que hay tras la Luna</i>	
<i>El regreso de los héroes</i>	
Segunda parte	77
Apolo 11 (Julio de 1969)	
Capítulo único	79
<i>Rumbo a la Luna</i>	
<i>«Un pequeño paso para el hombre»</i>	
<i>Por los pelos</i>	

Tercera parte	93
Apolo 13 (Abril de 1970)	
Capítulo uno	95
<i>La gran partida</i>	
<i>¿Pero por qué 13?</i>	
<i>Últimos preparativos antes del despegue</i>	
Capítulo dos	109
<i>La fastidiosa lista</i>	
<i>«3, 2, 1, 0... ¡Despegue!»</i>	
<i>Rumbo a la Luna</i>	
Capítulo tres	129
<i>¿Dónde están los periodistas?</i>	
<i>Visita al Odisea y al Acuario</i>	
<i>Un mal presentimiento</i>	
Capítulo cuatro	143
<i>«Houston, tenemos un problema»</i>	
<i>De mal en peor...</i>	
<i>Un bote salvavidas improvisado</i>	
Capítulo cinco	161
<i>Operación salvamento</i>	
<i>Solidaridad, de la sala 210 a la Isla Kiritimati</i>	
<i>El calvario de una esposa</i>	
Capítulo seis	181
<i>De la Luna a la Tierra</i>	
<i>Bricolaje, corrección de trayectoria y fiebre fuerte</i>	
<i>«¡¡¡No!!!»</i>	
Capítulo siete	201
<i>Fin de la odisea</i>	
<i>Interminables minutos de silencio</i>	
<i>El regreso del héroe</i>	
Capítulo final	215
<i>A modo de conclusión</i>	

Primera parte

Apolo 8
(Diciembre de 1968)

Capítulo uno

A modo de introducción

—¿Jim Lovell?

—El mismo.

—Buenos días, señor. Mi nombre es Karen Lester y soy periodista del *Times Magazine*.

—Buenos días, señora.

—Le llamo porque quisiera concretar una cita con usted. Como ya sabrá, nuestra revista concede todos los años el título al hombre o a la mujer del año a la persona que más ha influido en el mundo a lo largo del año transcurrido. En el pasado hemos nombrado hombre del año a personalidades como Charles Lindbergh¹, Mahatma Gandhi, John Fitzgerald Kennedy o incluso Martin Luther King.

—Sí, lo sé.

1. Primera persona en atravesar el Atlántico en avión en 1927.



–Pues le llamo porque *Time* le ha escogido para ser «hombre del año 1968» junto con Frank Borman y Bill Anders, claro. Por eso quisiera hacerle una entrevista. ¿Cuándo podría verle?

–Usted no es corresponsal de *Time Magazine* en Houston, ¿verdad? ¿Es usted quien se encarga de los asuntos espaciales?

–No, claro. Trabajo en la redacción, en Nueva York. Soy reportera y escribo en las páginas de sociedad de la revista. Pero para la entrevista del hombre del año, el redactor jefe quiere a una periodista que tenga una visión nueva sobre el tema. Me ha pedido que haga su entrevista. ¿No podrá dedicarme un poco de tiempo?

–Bueno... sí. ¿Podemos hacerlo por teléfono?

–No, preferiría que no. Tendría que quedar con usted en persona y ver dónde trabaja. Debe de estar muy solicitado desde su vuelta a la Tierra, pero ¿podría ir a verle a la NASA, en Houston?

–Si quiere. ¿Cuándo desea venir?

–Cuanto antes mejor... Lo que tarde en comprar un billete de avión... ¿Le va bien el miércoles por la tarde?

–Mejor el jueves por la mañana, a las diez. Venga a la recepción del edificio cinco y pregunte por mí.

–Perfecto. Entonces el jueves a las diez. Adiós, señor Lovell, y gracias.



Capítulo dos

En el Centro de Naves Tripuladas de la NASA
La infancia de un astronauta
La carrera espacial

Sentada en el asiento trasero del taxi, Karen Lester miraba nerviosamente su reloj. Si todo seguía así, llegaría tarde y lo odiaba. Fuera desfilaba el monótono paisaje: la autovía número uno y el extrarradio de Houston, que se parecía a todos los demás extrarradios. Nada parecía indicar que se acercaban al Centro de Naves Tripuladas de la NASA.

–Disculpe, señor, ¿queda mucho para llegar?

–Cinco minutos.

La joven mujer sacó de su bolso un espejito para comprobar su maquillaje cuando un centelleo llamó su atención por la izquierda: una gran extensión de agua. Esto la alivió: si era Clear Lake, significaba que estaban efectivamente a punto de llegar. La autovía atravesó una extensión de agua y, justo después, apareció una enorme superficie



cubierta de césped y sembrada de inmuebles modernos. Debía de ser allí.

El conductor puso el intermitente y abandonó la autovía. Tras un centenar de metros, se adentró en el inmenso complejo espacial de Houston. La periodista buscó las palabras para definir lo que veía. «Todo es cuadrado –pensó–. Visto desde el cielo, debe parecer un damero, un damero gigante con casillas de decenas de edificios, aparcamientos y espacios verdes.»

–¿En qué número me dijo que era, señora?

–Edificio cinco.

El taxi giró a la izquierda y luego a la derecha, para después detenerse frente a un edificio moderno. La fachada blanca con ventanas oscuras también parecía un damero.

–Ya hemos llegado. Son cuatro dólares con ochenta centavos.

La periodista le entregó un billete de cinco dólares.

–¡Quédese con el cambio!

Salió del taxi y miró el reloj: 9.50h. Había llegado unos minutos antes. Sacó un cuaderno de espiral y un bolígrafo de su bolso y, con la mano temblorosa y fría, escribió: «extrarradio enorme, autovía interminable, inmenso lago centelleante, damero gigante con edificios modernos, aparcamiento en espiga, espacios muy verdes. Temperatura fresca». Cuando hacía un reportaje solía anotar el máximo de impresiones en caliente, detalles que usaría –o no– para dar vida a su artículo.



Entró en el edificio y se dirigió al agente de seguridad.

–Buenos días, señor. Tengo cita con Jim Lovell.

–¿A quién tengo que anunciar?

–A Karen Lester, de *Time Magazine*.

–Bien, señora, voy a avisarle. ¿Tiene un documento de identidad?

La periodista le dio su pasaporte y recibió a cambio una acreditación. Mientras esperaba la llegada del astronauta, estuvo observando mecánicamente el vestíbulo y anotó: «Edificio limpio y funcional. Clásico. Nada hace pensar que estamos donde se conciben las tecnologías más avanzadas del mundo. Solamente un modelo reducido de cohe-te a modo de decoración...»

–¿Señora Lester?

–Sí.

–Buenos días, señora. Soy Jim Lovell.

Ella le observó con detenimiento. El hombre tenía unos cuarenta años. Bastante guapo, grande pero no demasiado, rostro oval, pelo corto de color castaño, sonrisa encantadora, mirada brillante e inteligente y cierto aire a James Stewart.

–Buenos días, señor Lovell.

–¿Ha tenido un buen viaje?

–Sí, gracias.

–Acompáñeme a mi despacho.

La periodista le siguió por un laberinto de pasillos. En aquel momento no sentía nada. Sin embargo, caminaba



detrás de un héroe célebre en toda Norteamérica, un astronauta que había desfilado bajo el confeti en un desfile en Nueva York, un nuevo Cristóbal Colón. En la redacción de *Time*, todo el mundo sabía que iba a ser nombrado «hombre del año». Excepto Karen Lester. Quizá porque era una mujer.

El año 1968 estaba cargado de acontecimientos importantes. En abril, el pastor Martin Luther King, militante de la no-violencia y premio Nobel de la Paz que tanto había hecho por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos había sido asesinado (Karen había tenido la suerte de conocerlo; era un hombre impresionante). En el extranjero, la guerra de Vietnam se había estancado. Decenas de miles de jóvenes estadounidenses habían sido enviados a luchar y muchos de ellos regresaban en cajas de madera. Auténticos héroes, a pesar de ser anónimos. ¿Qué más? En Europa del Este se había producido la Primavera de Praga: durante siete meses, los comunistas checoslovacos se habían opuesto con valor a la URSS. Dirigidos por Alexander Dubček, introdujeron la libertad de prensa, de expresión y de circulación. Esto desagradó mucho a Moscú: los soviéticos enviaron sus carros de combate a Praga para aplastar la rebelión. Sin duda Dubček habría merecido ser el hombre del año. Y, a un nivel diferente, Bob Beamon también: en los Juegos Olímpicos de México hizo polvo el récord del mundo en salto de longitud. Su nuevo récord, sobrehumano, seguramente se mantendría varias décadas...



¿No merecían todos, cada uno a su manera, el título de hombre del año?

Pero Jim Lovell y sus dos compañeros del Apolo 8 eran los elegidos. Sin embargo, ni siquiera habían puesto el pie en la Luna... nadie hasta entonces lo había conseguido. Los tres astronautas sencillamente habían estado dentro de una cápsula y habían sido enviados al otro lado de la Luna y habían regresado a la Tierra. ¿Resultaba tan heroico?

–Ya estamos aquí –anunció Jim Lovell al abrir una puerta.

La joven entró en un pequeño despacho en el que había una mesa cubierta de documentos, tres sillas, una ventana y varios diplomas colgados de la pared.

»Tome asiento –dijo el astronauta mientras se sentaba–. ¿Quiere un café?

–Eh... No, gracias.

–Así que quería conocerme.

–Sí. Como ya le dije por teléfono, mi periódico lo ha nombrado hombre del año. Por eso me gustaría hacer una semblanza de usted para que nuestros lectores lo conozcan un poco mejor, para que sepan quién es usted y de dónde viene.

Cogió su cuaderno de espiral y su bolígrafo. «Lo que yo quiero –pensó– es saber si tiene madera de héroe...»

–Antes de que me cuente sobre Apolo 8, quizá podría comenzar con su juventud. ¿De niño soñaba ya con ser astronauta?



–No. Era un oficio que todavía no existía.

–Lo que me pregunto es si ya sentía atracción por el espacio.

–Lo cierto es que no. Lo que me apasionaba eran los cohetes. Construía pequeños cohetes artesanales. De hecho, el primero que hice pudo haber sido el último...

–¿Podría contarme esa historia?

–No sé si interesará a sus lectores.

–¡Cuénteme más sobre esto!

* * *

«La Segunda Guerra Mundial había terminado hacía poco.

Tenía diecisiete años y, tras un largo viaje en tren, llegué a mi destino en el centro de Chicago. Ante mí se alzaba un rascacielos interminable. Yo estaba sorprendido: aquello no parecía en absoluto una ferretería de barrio. No obstante, era la dirección correcta, la que había encontrado poco antes en una guía telefónica. No sabía si dar marcha atrás, pero finalmente entré en el edificio.

El interior, decorado de mármol y cobre, tampoco parecía el de una ferretería; ni la mujer tras el cristal de recepción parecía una ferretera.

Por otro lado, la mujer se mostró sorprendida al verme empujar la puerta del rascacielos. No debía asemejarme a sus demás clientes.



–Buenos días, señor... ¿Qué puedo hacer por usted?

–Pues... quisiera comprar productos químicos. Ustedes venden productos químicos, ¿no es así?

La mujer esbozó una sonrisa.

–Sí, en efecto, pero... ¿quién le envía?

–Me envían Jim Siddens y Joe Sinclair.

–¿Son sus jefes?

–Pues no, son mis compañeros.

–Ah, entiendo...

Esto consiguió incomodarme.

–No estoy segura de que usted esté en el lugar adecuado, pero veré si uno de nuestros vendedores está libre.

Varios minutos después, un hombre de cabello blanco me recibió amablemente.

–Así que quiere comprar productos químicos, ¿eh?

–Sí, señor. Quisiera una libra de nitrato de potasio, una libra de sulfuro y una libra de carbón de leña.

–¿Y qué quiere hacer con eso?

–Pólvora para hacer despegar un cohete.

El vendedor permaneció un rato pensativo y dijo con aire condescendiente:

–Me temo que eso no será posible.

–Pero... ha sido nuestro profesor de química quien nos ha dado la fórmula.

–Sí, pero no puedo proporcionarle esos productos. Hacemos venta al por mayor, no al pormenor. Vendemos nitrato de sodio por vagones, no por bolsas.



–¿Y no les queda un poco en el fondo de algún armario?

–Nuestros productos se almacenan en hangares. Aquí solo los vendemos.

–Vaya...

Me sentía realmente ridículo.

¡Con todo el tiempo que le había dedicado a mi cohete! Había leído todos los libros al respecto. Incluso había aprendido alemán para poder descifrar en versión original las obras de Wernher Von Braun, uno de los pioneros en esta novedosa ciencia.

Junto a mis compañeros Siddens y Sinclair, habíamos pensado en un primer momento construir un cohete de combustión líquida, como los de Von Braun. Pero la dificultad de la tarea nos obligó a revisar los planos. Nuestro profesor de química nos aconsejó entonces utilizar combustible sólido, y todo esto me había llevado hasta un rascacielos en Chicago.

A pesar de este primer desengaño, conseguimos hacerlos con los productos necesarios y logramos fabricar el cohete. Estaba compuesto por un tubo de cartón de un metro de largo coronado por un cono de madera. En la base llevaba unas alitas que le permitirían mantener una trayectoria más o menos rectilínea. El interior estaba lleno de la pólvora que nosotros habíamos fabricado. ¡Un proyectil magnífico!

Un sábado por la tarde nos aislamos en un prado para proceder al lanzamiento.



—¡Instalación del misil!

Puesto que yo era el más apasionado de los tres, me había autoproclamado «director de lanzamiento». Yo dirigía las operaciones.

—Vamos a instalarlo allí para apoyarlo contra ese peñasco.

Colocamos el cohete y después introduje una paja en un agujerito que había en la base del proyectil explosivo. Estaba llena de pólvora para hacer de mecha.

—¿Todo listo? Chicos, escondeos por allí, detrás del talud. Yo encenderé la mecha y después voy con vosotros.

—¿Estás seguro de que no estamos cometiendo una estupidez, Jim?

—¿Tienes miedo?

—¿Y si explota cuando lo enciendas?

—¡No te preocupes, lo tengo todo calculado!

Siddens y Sinclair fueron a esconderse. Yo cogí las cerillas y una máscara de soldador para cubrirme la cabeza. Había calculado la longitud de la paja para que me diera tiempo a ponerme a salvo, pero no se podía estar seguro...

Al agacharme frente al cohete, sentí cómo se me aceleraba el pulso. Encendí la cerilla, se la acerqué a la paja y, cuando la pólvora empezó a lanzar chispas, me levanté y salí pitando hasta el talud.

—¿Y?

—Ya está.

Pasaron segundos interminables.



—¿Seguro que has encendido la mecha?

—¡Pues sí, ni que fuera idiota!

—¿No se habrá apagado por casualidad?

De pronto sonó un silbido, después el cohete despegó bruscamente ante nuestros estupefactos ojos. Se elevó en el cielo, haciendo un ligero zigzag y dejando atrás una estela de humo. ¡Era fantástico! ¡Qué orgullo: mi primer cohete había despegado perfectamente! Después, sin razón aparente, a unos veinticinco metros de altura, giró repentinamente a la derecha y, una fracción de segundo más tarde, explotó como un estrepitoso fuego artificial.

—¡Hala! —exclamó Siddens—. ¿Habéis visto eso?

Mientras caían al suelo restos de cartón, regresamos a la base de lanzamiento.

Siddens y Sinclair bailaban y reían.

—¿Habéis visto eso? ¡Bing, bum! Menudo petardo.

A mí no me hacía gracia. Busqué por el suelo, entre los restos humeantes, algún indicio que explicara qué no había funcionado. ¿Habría concebido mal la tobera de escape? ¿La cantidad de pólvora era incorrecta?

De pronto, un sudor frío me heló el cuello: afortunadamente el proyectil había explotado a veinticinco metros de altura y no al encender la mecha...

Aquel primer cohete pudo haber sido el último.»



* * *